RESEÑAS

Beatriz Bossi, *Saber gozar: Estudios sobre el placer en Platón*, 2008, Madrid, Trotta, 303 p.

RECEPCIÓN: 19 de noviembre de 2009.

ACEPTACIÓN: 18 de marzo de 2010.

196

El tema del placer en la filosofía platónica es uno de los más polémicos por la dificultad intrínseca de llegar a un consenso al respecto, tanto porque en él se juegan las posibilidades de lograr un equilibrio virtuoso en las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre lo universal y lo particular, entre lo inteligible y lo sensible, como porque en cada uno de los diálogos en que se aborda el tema no se llega siempre a las mismas conclusiones. Existen, pues, problemas de coherencia interna ante los cuales cada intérprete ha de proponer sus propias soluciones. En el caso del texto aquí reseñado, la autora nos presenta una lectura que, sin dejar de reconocer las dificultades, indicándolas de manera clara y objetiva, pretende mostrar que es posible concebir en Platón una doctrina coherente, integradora y positiva sobre el placer.

Una de las motivaciones del libro es la de encontrar algo en Platón que pueda ser significativo en nuestro contexto actual, caracterizado, en buena parte, por una sensación de vacío y de falta de sentido de la vida, relacionada con la exposición a todo tipo de estímulos sin un criterio que determine la mejor manera de comportarnos ante ellos. En este tenor, la reflexión platónica sobre el *logos* y el ser, en la que se postula la unidad del bien, la belleza y la verdad, se plantea como una alternativa a las teorías contemporáneas en que no se pueden deducir conclusiones éticas de lo ontológico o a aquellas en que se subordina nuestra actuación ética a la voluntad. Así pues, la medida adecuada de nuestro placer, en esta lectura de Platón, será la medida del ser, la cual, al ser anterior a toda mirada humana, asegura la identidad de lo objetivo y lo subjetivo, posibilitando a su vez el conocimiento científico y de los fines de la vida humana.

Ahora bien, aunque se reconoce que la postulación de una estructura que subyace a toda realidad, humana y cósmica, es una hipótesis imposible de ser demostrada, la autora enfatiza que esto refleja, más que una insuficiencia en la teoría, una posición que Platón está dispuesto a defender. Es, pues, la elección de Platón de las “dificultades insolubles con las que prefirió convivir para resolver otros problemas, no menos importantes, que tienen relación con el modo como nos situamos frente al mundo”.¹

Así, el texto plantea como uno de sus principales argumentos que, incluso cuando en la filosofía de Platón lo inteligible es superior a lo sensible, esto último es indispensable para el ascenso al primero, pues es portador de significado; es decir, de aquellos elementos conflictivos que han de encontrar su superación en la unidad de la razón soberana. En este sentido, el tema del placer es considerado por la autora como un nudo neurálgico, pues la correcta formación en este aspecto es la base sobre la que “puede o no levantarse un proyecto de excelencia personal y política”,² bajo un criterio de bondad que permite encontrar una solución a las profundas tensiones entre lo sensible y lo inteligible. El libro trata, por tanto, de mostrar que, a pesar de la complejidad de la filosofía platónica al respecto, de los elementos en aparente contradicción, existe, a lo largo de su desarrollo “una visión sorprendentemente integradora de los elementos supuestamente ‘antagónicos’”.³ Una doctrina platónica sobre el placer, fundada en el examen de los principales textos, que sitúa las relaciones entre el cuerpo y el alma bajo una luz diferente a la del lugar común, que nos dice que Platón rechaza lo sensible, es decir, bajo una interpretación más equilibrada y matizada, en la que lo sensible y lo inteligible no son considerados como mundos independientes y excluyentes, sino como órdenes que se manifiestan en un mundo posible y que, en su equilibrio, pueden llevar al hombre sabio a la felicidad.

En el estudio de los diferentes placeres sobre los que reflexiona Platón, la autora reconoce una especie de gradación que parte del reconocimiento de placeres auténticos; aquellos que aspiran a la verdad, que se ajustan a la medida del ser y que son resultado de un ejercicio sopesado racionalmente. La doctrina del placer que se propone a partir de los diálogos platónicos, por tanto, se basa en una noción de sabiduría en la que la consecución del mayor placer es un bien medido y gobernado por la inteligencia, que consiste en la

¹ Beatriz Bossi, *Saber gozar. Estudios sobre el placer en Platón*, 2008, Madrid, Trotta, p. 13.

² *Ibidem*.

³ *Ibid.*, p. 14.

contemplación de lo que es fin en sí mismo; de la conjunción de la verdad y la belleza, en la que se armonizan las posibilidades placenteras de lo sensible y lo inteligible.

Para la realización del estudio se eligieron cinco diálogos en los que, a juicio de la autora, se presenta el problema del placer de manera más clara e insidiosa. Estos son, de acuerdo al orden cronológico propuesto por Charles Kahn: *Gorgias*, *Protágoras*, *Fedón*, *República* y *Filebo*.⁴

Los análisis comienzan con el estudio del *Protágoras*, por considerar que en este diálogo se plantean en toda su complejidad los problemas que serán tratados a lo largo del estudio, a pesar de que se considere que el *Gorgias* es anterior.⁵ Bajo el título de “La sabiduría acerca de los placeres auténticos de la vida”, se abordan los argumentos de Sócrates en relación a los problemas implicados en las posibles distinciones e identificaciones entre placer y bien, así como en la definición del conocimiento y virtud que posibiliten el mayor de los placeres y el mayor bien, estableciendo que la falta de conocimiento, y no las pasiones, es lo que nos aleja del mayor placer, sin que por ello se asegure que el bien se reduzca al placer ni que éste deba ser el fin de la vida. Los dos grandes apartados de este capítulo se titulan “Los supuestos de la psicología de la acción” —en el que se analizan los argumentos a los que lleva la acción dramática del diálogo— y “La virtud es, en esencia, sabiduría: un largo rodeo: hedonismo y *akrasia*”, para dar paso a una conclusión sobre la postura en relación al placer que Sócrates adopta en este diálogo, la cual, según la autora, no es “ni intelectualismo ni socrático”.⁶

A continuación, se procede al estudio sobre el *Gorgias*, bajo el título “Contra el espejismo del placer ilimitado”. Ahí, se cuestiona que el *Protágoras* sea anterior a aquél,⁷ se establece con claridad la distinción entre bien y placer, y se concluye que el fin de la vida es el bien. La exposición se divide en tres apartados y una conclusión: “El problema: la cuestión de la identidad entre bien y placer: ¿una contradicción real o aparente entre el *Gorgias* y el *Protágoras*?”; “Algunas peculiaridades del *Gorgias*”; “Los argumentos contra el placer

⁴ *Ibid.*, p. 18. La autora comparte con Charles Kahn tanto la opinión sobre el orden cronológico de los diálogos mencionados, como aquella sobre la visión unitaria de la filosofía platónica. Ahora bien, en realidad, como la autora nos confirma, es indemostrable que el *Gorgias* sea anterior al *Protágoras*, pues, de hecho, hay autores que afirman convincentemente lo contrario. Sin embargo, podemos suponer que es así por la mayor complejidad de éste último.

⁵ *Ibid.*, p. 20 y nota al pie.

⁶ *Ibid.*, p. 86.

⁷ Por el mayor grado de complejidad del *Protágoras*, como ya se mencionó.

ilimitado” y “Conclusiones: El ataque al ‘hedonismo sensual e individualista’ en el *Gorgias* es coherente y complementario de la defensa acerca de los placeres en el *Protágoras*”.

Posteriormente, en relación al *Fedón*, el cual es en apariencia el diálogo en el que se expresa el rechazo más radical al cuerpo, la autora propone que, ante la muerte inminente, Sócrates nos invita más bien a reconocer un cuidado del cuerpo en el que se enfatiza la búsqueda del más sabio y auténtico de los placeres, determinada por la armonía del conjunto, la cual sólo es posible concebir si nos alejamos de las apariencias engañosas que nos mantienen atados a placeres inferiores. El título del capítulo es “El sentido de la vida y sus placeres a la luz de la muerte” y está dividido en cuatro apartados y una conclusión: “El contexto: cronología y personajes principales”; “Hipótesis hermenéutica”; “El cuerpo como obstáculo” y “Contra el hedonismo racionalista calculador, sólo la sabiduría”.

En la *República*, bajo el título “El placer verdadero, uno de los frutos de la justicia”, se hallan criterios formales objetivos para clasificar la jerarquía de placeres, en relación a su intensidad, pureza, estabilidad y nobleza, reconociendo, sin dejar de sostener un enfoque intelectualista, que el seguimiento del modelo ideal genera conflictos que no todos pueden tramitar de la manera más sabia, por la existencia de deseos irracionales y tendencias naturales que no se ajustan a la medida del bien. A su vez, una sabia jerarquía de los placeres permite concebir una canalización eficaz de la energía hacia los mejores fines, cuya meta se realiza en la armonía del conjunto, la reconciliación de las partes en el todo, en función del dominio de sí mismo. Se decidió realizar el análisis del más complejo y vasto de los diálogos de Platón en dos grandes apartados, uno de “Introducción” y otro de “Desarrollo”, para dar paso a las conclusiones.

Finalmente, el *Filebo*, bajo el título “El placer, salvado por la medida”, es presentado como el cuadro completo en el que saber y placer, lo ilimitado y lo limitado, lo sensible y lo inteligible, se combinan para dar forma a la mejor vida posible: la vida del sabio, que conjuga verdad, bien y belleza en una unidad virtuosa. El capítulo se divide en cuatro apartados: “Introducción”; “La fundamentación ontológica del placer”; “Hacia una clasificación de los placeres” y “Hacia una jerarquía de los bienes”.

A modo de conclusión, el libro aquí reseñado es un riguroso estudio sobre un tema clave en la comprensión de la filosofía platónica, que tiene mucho que decirnos en una época en la que los criterios de comportamiento

RESEÑAS

en relación al placer lucen inestables y difusos. La interpretación que la autora realiza de los diálogos escogidos no sólo está sólidamente argumentada, sino que además tiene el enorme mérito de proponer un punto de vista original. Es, en mi opinión, un texto sumamente enriquecedor, tanto para quienes se especializan en el estudio de la filosofía clásica, como para todo aquel interesado en uno de esos problemas que no dejan de acompañar a los hombres de cualquier época.

CARLOS ALFONSO GARDUÑO
Universidad Panamericana